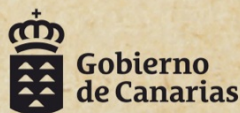


Benito Pérez Galdós
ROMPECABEZAS

Edición de
Yolanda Arencibia



[español, english, deutsche, italiano, français]
con dibujos de Benito Pérez Galdós



Contenido

1. [Portadilla](#)
2. [Créditos](#)
3. [Presentación](#)
4. [Introduction](#)
5. [Rompecabezas](#)
6. [Braintwister](#)
7. [Ein schwieriges Rätsel](#)
8. [Rompicapo](#)
9. [Puzzle](#)
10. [Editora-traductoras](#)
11. [Reseña](#)

Benito Pérez Galdós

ROMPECABEZAS
con dibujos de Benito Pérez Galdós

Edición de
Yolanda Arencibia

Traducción de
Lisa Nalbone
Gisela Marcelo Wirnitzer
Assunta Polizzi
Marie-Claire Durand Guiziu



Gobierno de Canarias

Presidente del Gobierno de Canarias

Ángel Víctor Torres Pérez

Consejera de Educación, Universidades, Cultura y Deportes

Manuela de Armas Rodríguez

Viceconsejero de Cultura y Patrimonio Cultural

Juan Márquez Fandiño

Director General de Cultura

Rubén Pérez Castellano

© de la edición: Gobierno de Canarias

© de la edición (español): Yolanda Arencibia

© de la traducción de la presentación (inglés): Carlota Gaviño

© de la traducción (inglés): Lisa Nalbone

© de la traducción (alemán): Gisela Marcelo Wurnitzer

© de la traducción (italiano): Assunta Polizzi

© de la traducción (francés): Marie-Claire Durand Guizoui

© de los dibujos: Casa-Museo Pérez Galdós. Cabildo de Gran Canaria

Agradecimientos

Casa-Museo Pérez Galdós. Cabildo de Gran Canaria

Diseño y maquetación

Sergio Hernández Peña

www.sergiohp.com

ISBN: 978-84-7947-758-5

Reservados todos los derechos por la legislación española en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de esta obra puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por medio ya sea electrónico, químico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo, por escrito, de la editorial.





PRESENTACIÓN

Yolanda Arencibia
Cátedra Pérez Galdós

Rompecabezas fue la publicación con que Galdós inició el año literario de 1897. Se editó en las páginas de un número extraordinario que *El liberal* dedicó aquel año a los niños que esperan con ilusión el día de Reyes. Un cuento infantil, pues. En el prólogo a una publicación de cuentos de 1889, don Benito había afirmado que los suyos destacaban «por el sello de infancia que sus páginas llevan». No es eso verdad absoluta, pero sí lo es en el cuento que ahora nos ocupa.

Existen datos ciertos de la ternura que inspiraron a Galdós los niños; de su devoción por la infancia y su mundo; del amor a esos «bosquejos de personas [que] son nuestras premisas» —como declara el narrador de *La de Bringas*. Y es fácil encontrar en el mundo amplio de su creación retratos infantiles primorosos animados de acción y de voz, y enriquecidos de notas atractivas de carácter y genio. En su vida privada, las huellas más evidentes de la devoción de Galdós hacia los niños, se refieren al testimonio directo del amor que sus sobrinos le tuvieron —que fue recíproco— y al aliento cariñoso de la correspondencia que mantuvo con su única hija, María, a quien cuidó y amó siempre aunque no llegaron a convivir. Se llevó bien con los niños que la vida le colocó cerca: los hijos de su sobrino Hermenegildo; su sobrina-ahijada Micaelita y sus hermanos; Rafaelita, la niña que alegró la casa de su sobrino José M^a; la sobrinita de su último amor, Teodosia Gandarias; Alfonsito, el hijo de la portera de la casa de Areneros, etc., etc. Enviaba sellos a los niños de Pereda, intercambió correspondencia con el hijo de Emilia Pardo Bazán, recibió con alegría la foto del Polito de Leopoldo Alas que aumentó los muchos retratos infantiles que poblaron su despacho... Nadie que no sintiese profundo amor a los niños podría haber escrito aquella frase de *Lo prohibido*: «Con ser tan pequeño (...) parecía que llenaba la casa, pues todas las miradas fijábanse con respeto y cariño en aquel bulto que respiraba. Se le sentía como se siente un reloj, y en el momento de despertar parecía que iba a dar la hora».

El Galdós escritor amante de los niños y el que gusta de los prodigios de la imaginación coinciden en la redacción de esta historia llena de simbolismos: la del travieso hijo de una familia de fugitivos del antiguo Egipto que viajan con un borriquillo. Se divierte el pequeño cambiando las cabezas de los personajes del belén doméstico, con el caos consiguiente en la escena bíblica y el humor esperable en la escritura. El lector acepta risueño la claridad de las alusiones evangélicas y el juego de verdad y mentira con que están recreadas. Porque *Rompecabezas* es un nuevo relato maravilloso de Galdós, dominado por un narrador que juega a su gusto con la Historia heredada sin disimular su intención de parodiar con burla la del presente. El lector galdosiano ha de sonreír ante esta nueva andanada política enmascarada en humor, ante este dardo de imaginación que le lanza quien quiere seducirle y hasta conmooverle.

No sobresalió Galdós por ser autor de cuentos; poco más de una veintena publicó en vida y siempre en la prensa, como era entonces habitual, aunque algunos recogió en libro. «Son lindas imágenes chicas de cosas grande» dijo de ellos en un prólogo de 1904: una definición que podría haberse referido a este *Rompecabezas* que se regala hoy a un lector internacional.

INTRODUCTION

Yolanda Arencibia
Cátedra Pérez Galdós

Rompecabezas (*Braintwister*) was the publication with which Galdós began the literary year of 1897. It was published in the pages of a special Christmas issue that *El Liberal* dedicated that year to the excited children awaiting Three Kings' Day. So, a story for children it is. In the prologue to a publication of short stories from 1889, Don Benito had stated that his stories excelled «because of the childhood impression on their pages». This is not the absolute truth, but it is true indeed for this story.

Ascertainable is the tenderness with which children inspired Galdós; his devotion to childhood and its universe; his love to those «sketches of people [that] are our premises» –as the narrator of *La de Bringas* declares. In the wide world of his creations, it is easy to find exquisite child portraits, animated by action and speech, and enriched with attractive notes of character and genius. In his private life, the most evident traces of Galdós' devotion to children are the direct testimony of the love that his nephews had for him and the affectionate style of the correspondence he exchanged with his only daughter, María, whom he always loved and cherished, although they never lived together. He got along well with all the children that life put close to him: the eldest children of his nephew Hermenegildo; his niece-goddaughter Micaelita and her brothers; Rafaelita, the girl who brightened the house of her nephew José M^a; the little niece of his last love, Teodosia Gandarias; Alfonsito, the son of the doorkeeper of the Areneros house... etc., etc. He would send stamps to the children of Pereda, exchange correspondence with the son of Emilia Pardo Bazán, receive with joy the photo of Leopoldo Alas's Polito that added to the amount of children's portraits that populated his office... Only a man feeling deep love for children could have written that paragraph of *The Forbidden*: «Even being so small (...) it seemed that he filled the whole house, because all eyes were fixed with respect and affection on that breathing bundle. He could be felt as a clock is felt, and when he woke up it seemed that he was going to strike the hour.»

The writer Galdós who loved children and the one who liked prodigies of the imagination coincide in the writing of this story full of symbolism: the tale of the lively son of a family of fugitives from ancient Egypt, travelling with a little donkey. The little one plays by changing the heads of the characters of the nativity scene, with the subsequent chaos in the biblical scene and the humor expected. The reader gladly accepts the clarity of the evangelical allusions and the game of truths and lies with which they are recreated; because *Braintwister* is a wonderful new story by Galdós dominated by a narrator who plays to his liking with the inherited History without concealing his intention to mock the present. The Galdosian reader has to smile at this new political volley masked in humor, at this dart of imagination thrown at him by a writer who wants to seduce him and even move him.

Galdós was not well-known as a writer of short stories; he published little more than twenty of them in life and always in the press, as was usual at the time. «They are beautiful small images of big things» he said of them in a prologue of 1904, a definition that could have well referred to this *Braintwister* that is presented today to an international reader.

ROMPECABEZAS

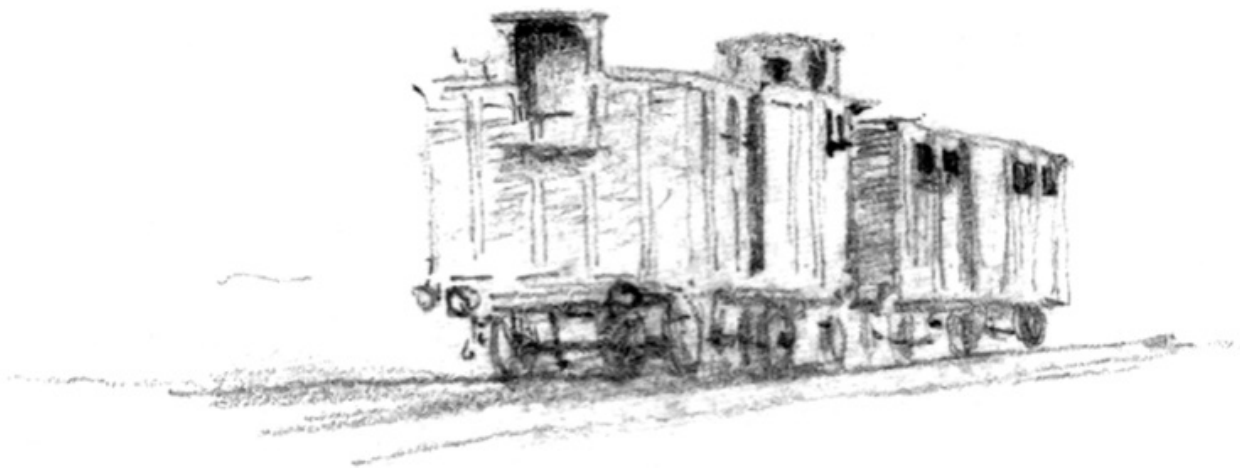
I

Ayer, como quien dice, el año *Tal* de la Era Cristiana, correspondiente al *Cuál*, o si se quiere, al tres mil y pico de la cronología egipcia, sucedió lo que voy a referir, historia familiar que nos transmite un *papyrus* redactado en lindísimos monigotes. Es la tal historia o sucedido de notoria insignificancia, si el lector no sabe pasar de las exterioridades del texto gráfico; pero restregándose en este los ojos por espacio de un par de siglos, no es difícil descubrir el meollo que contiene.

Pues señor... digo que aquel día o aquella tarde, o pongamos noche, iban por los llanos de Egipto, en la región que llaman Djebel Ezzrit (seamos eruditos), tres personas y un borriquillo. Servía este de cabalgadura a una hermosa joven que llevaba un niño en brazos; a pie, junto a ella, caminaba un anciano grave, empuñando un palo, que así le servía para fustigar al rucio como para sostener su paso fatigoso. Pronto se les conocía que eran fugitivos, que buscaban en aquellas tierras refugio contra perseguidores de otro país, pues sin detenerse más que lo preciso para reparar las fuerzas, escogían para sus descansos lugares escondidos, huecos de peñas solitarias, o bien matorros espesos, más frecuentados de fieras que de hombres.

Imposible reproducir aquí la intensidad poética con que la escritura muñequil describe o más bien pinta la hermosura de la madre. No podréis apreciarla y comprenderla imaginando substancia de azucenas, que tostada y dorada por el sol conserva su ideal pureza. Del precioso nene, solo puede decirse que era divino humanamente, y que sus ojos compendiaban todo el universo, como si ellos fueran la convergencia misteriosa de cielo y tierra.

Andaban, como he dicho, presurosos, esquivando los poblados y deteniéndose tan solo en caseríos o aldehuelas de gente pobre, para implorar limosna. Como no escaseaban en aquella parte del mundo las buenas almas, pudieron avanzar, no sin trabajos, en su cautelosa marcha, y al fin llegaron a la vera de una ciudad grandísima, de gigantescos muros y colosales monumentos, cuya vista lejana recreaba y suspendía el ánimo de los pobres viandantes. El varón grave no cesaba de ponderar tanta maravilla; la joven y el niño las admiraban en silencio. Deparoles la suerte, o por mejor decir, el Eterno Señor, un buen amigo, mercader opulento, que volvía de Tebas con sinfín de servidores y una cáfila de camellos cargados de riquezas. No dice el *papyrus* que el tal fuese compatriota de los fugitivos; pero por el habla (y esto no quiere decir que lo oyéramos), se conocía que era de las tierras que caen a la otra parte de la mar Bermeja. Contaron sus penas y trabajos los viajeros al generoso traficante, y este les albergó en una de sus mejores tiendas, les regaló con excelentes manjares, y alentó sus abatidos ánimos con pláticas amenas y relatos de viajes y aventuras, que el precioso niño escuchaba con gravedad sonriente, como oyen los grandes a los pequeños, cuando los pequeños se saben la lección. Al despedirse asegurándoles que en aquella provincia interna del Egipto debían considerarse libres de persecución, entregó al anciano un puñado de monedas, y en la mano del niño puso una de oro, que debía de ser media pelucona o doblón de a ocho, reluciente, con endiabladas leyendas por una y otra cara. No hay que decir que esto motivó una familiar disputa entre el varón grave y la madre hermosa, pues aquel, obrando con prudencia y económica previsión, creía que la moneda estaba más segura en su bolsa que en la mano del nene, y su señora, apretando el puño de su hijito y besándolo una y otra vez, declaraba que aquellos deditos eran arca segura para guardar todos los tesoros del mundo.



II

Tranquilos y gozosos, después de dejar al rucio bien instalado en un parador de los arrabales, se internaron en la ciudad, que a la sazón ardía en fiestas aparatosas por la coronación o jura de un rey, cuyo nombre ha olvidado o debiera olvidar la Historia. En una plaza, que el *papyrus* describe hiperbólicamente como del tamaño de una de nuestras provincias, se extendía de punta a punta un inmenso bazar o mercado. Componíanlo tiendas o barracas muy vistosas, y de la animación y bullicio que en ellas reinaba, no pueden dar idea las menguadas muchedumbres que en nuestra civilización conocemos. Allí telas riquísimas, preciadas joyas, metales y marfiles, drogas mil balsámicas, objetos sin fin, contruidos para la utilidad o el capricho; allí manjares, bebidas, inciensos, narcóticos, estimulantes y venenos para todos los gustos; la vida y la muerte, el dolor placentero y el gozo febril.

Recorrieron los fugitivos parte de la inmensa feria, incansables, y mientras el anciano miraba uno a uno todos los puestos, con ojos de investigación utilitaria, buscando algo en que emplear la moneda del niño, la madre, menos práctica tal vez, soñadora, y afectada de inmensa ternura, buscaba algún objeto que sirviera para recreo de la criatura, una frivolidad, un juguete en fin, que juguetes han existido en todo tiempo, y en el antiguo Egipto enredaban los niños con pirámides de piezas constructivas, con esfinges y obeliscos monísimos, y caimanes, áspides de mentirijillas, serpientes, ánaes y demonios coronados.

No tardaron en encontrar lo que la bendita madre deseaba. ¡Vaya una colección de juguetes! Ni qué vale lo que hoy conocemos en este interesante artículo, comparado con aquellas maravillas de la industria muñequil. Baste decir que ni en seis horas largas se podía ver lo que contenían las tiendas: figurillas de dioses muy brutos, y de hombres como pájaros, esfinges que no decían papá y mamá, momias baratas que se armaban y desarmaban; en fin... no se puede contar. Para que nada faltase, había teatros con decoraciones de palacios y jardines, y cómicos en actitud de soltar el latiguillo; había sacerdotes con sábana blanca y sombreros deformes, bueyes de la ganadería de Apis, pitos adornados con flores del Loto, sacerdotisas en paños menores, y militares guapísimos con armaduras, capacetes, cruces y calvarios, y cuantos chirimbolos ofensivos y defensivos ha inventado para recreo de grandes, medianos y pequeños, el arte militar de todos los siglos.

III

En medio de la señora y del sujeto grave iba el chiquitín, dando sus manecitas, a uno y otro, y acomodando su paso inquieto y juguetón al mesurado andar de las personas mayores.

Y en verdad que bien podía ser tenido por sobrenatural aquel prodigioso infante, pues si en brazos de su madre era tiernecillo y muy poquita cosa, como un ángel de meses, al contacto del suelo crecía misteriosamente, sin dejar de ser niño; andaba con paso ligero y hablaba con expedita y clara lengua. Su mirar profundo a veces triste, gravemente risueño a veces, producía en los que le contemplaban confusión y desvanecimiento.



Puestos al fin de acuerdo los padres sobre el empleo que se había de dar a la moneda, dijéronle que escogiese de aquellos bonitos objetos lo que fuese más de su agrado. Miraba y observaba el niño con atención reflexiva, y cuando parecía decidirse por algo, mudaba de parecer, y tras un muñeco señalaba otro, sin llegar a mostrar una preferencia terminante. Su vacilación era en cierto modo angustiosa, como si cuando aquel niño dudaba ocurriese en toda la Naturaleza una suspensión del curso inalterable de las cosas. Por fin, después de largas vacilaciones, pareció decidirse. Su madre le ayudaba diciéndole:

«¿Quieres guerra, soldados?». Y el anciano le ayudaba también, diciéndole: «¿Quieres ángeles, sacerdotes, pastorcitos?». Y él contestó con gracia infinita, balbuciendo un concepto que traducido a nuestras lenguas, quiere decir: «De todo mucho».

Como las figurillas eran baratas, escogieron bien pronto cantidad de ellas para llevárselas. En la preciosa colección había *de todo mucho*, según la feliz expresión del nene; guerreros arrogantísimos, que por las trazas representaban célebres caudillos, Gengis Kan, Cambises, Napoleón, Aníbal; santos y eremitas barbudos, pastores con pellizos y otros tipos de indudable realidad.

Partieron gozosos hacia su albergue, seguidos de un enjambre de chiquillos, ávidos de poner sus manos en aquel tesoro, que por ser tan grande se repartía en las manos de los tres forasteros. El niño llevaba las más bonitas figuras, apretándolas contra su pecho. Al llegar, la muchedumbre infantil, que había ido creciendo por el camino, rodeó al dueño de todas aquellas representaciones graciosas de la humanidad.

El hijo de la fugitiva les invitó a jugar en un extenso llano frontero a la casa... Y jugaron y alborotaron durante largo tiempo, que no puede precisarse, pues era día, y noche, y tras la noche, vinieron más y más días, que no pueden ser contados. Lo maravilloso de aquel extraño juego en que intervenían miles de niños (un historiador habla de millones), fue que el pequeñuelo, hijo de la bella señora, usando del poder sobrenatural que sin duda poseía, hizo una transformación total de los juguetes, cambiando las cabezas de todos ellos, sin que nadie lo notase; de modo que los caudillos resultaron con cabeza de pastores, y los religiosos con cabeza militar.

Vierais allí también héroes con báculo, sacerdotes con espada, monjas con cítara, y en fin, cuanto de incongruente pudierais imaginar. Hecho esto, repartió su tesoro entre la caterva infantil, la cual había llegado a ser tan numerosa como la población entera de dilatados reinos.

A un chico de Occidente, morenito, y muy picotero, le tocaron algunos curitas cabezudos, y no pocos guerreros sin cabeza.

BRAINTWISTER¹

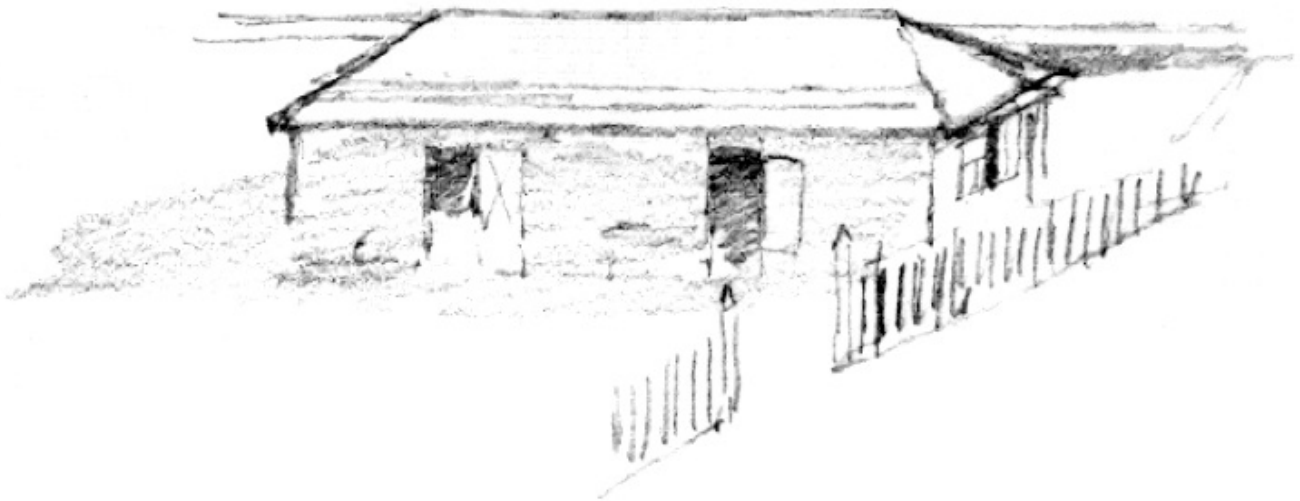
(Short story)²

I

What I am going to relate, a familiar story that a *papyrus* conveys to us written in the finest of drawings, happened yesterday, as we say, the year Such of the Christian Era, corresponding to Which, or if you prefer, some three thousand following Egyptian chronology. It is the same story or account of notorious insignificance, if the reader does not know how to glide over the exteriors of the graphic text; but rubbing one's eyes before it after a couple of centuries, it is not difficult to discover the crux of what it contains.

Well, reader... I say that that day or that afternoon, or let's say night, three people and a donkey were traveling through the plains of Egypt, in the region they call Djebel Ezzrit³ (to be scholarly). A beautiful young woman, astride the donkey, held a child in her arms; on foot, next to her, walked a serious old man, gripping a stick, which he also used to whip the donkey to keep steady its weary pace. Soon they were known to be fugitives, who sought refuge in those lands, against persecutors from another country, because without stopping more than necessary to regain their strength, they chose for their rest hidden places, hollows in solitary rocks, or thick bushes, more frequented by beasts than by men.

It is impossible to reproduce here the poetic intensity with which the drawings describe or rather paint the beauty of the mother. You could not appreciate and understand it by imagining the substance of lilies, which toasted and browned by the sun, retains its ideal purity. Of the precious little boy, it can only be said that he was humanly divine, and that his eyes encapsulated the entire universe, as if they were the mysterious convergence of heaven and earth.



They walked, as I said, hurriedly, dodging the villages and stopping only in hamlets or villages of poor people, to beg for alms. Since good souls were not scarce in that part of the world, they were able to journey forward, not without hardships, in their cautious march, and at last they came to the edge of a huge city of gigantic walls and colossal monuments, whose distant sight amused the weary wanderers and lifted their spirits. The serious man did not cease to ponder such wonder; the woman and the boy admired them in silence. They were granted by luck, or rather, by the Eternal Lord, a good friend, a wealthy merchant, who was returning from Thebes with countless servants and a herd of camels loaded with riches. The *papyrus* does not say that he was from the same place as the fugitives; but by his manner of speaking (and this does not mean we heard it), it was known that he was from the lands that fall on the other side of the Red Sea. The travelers told the generous merchant of their adversities and their hardships, and he housed them in one of his best tents, gave them excellent delicacies, and tried to lift their dejected spirits with pleasant conversation and stories of travel and adventure, to which the precious child happily and attentively listened, as adults listen to children, when the little ones show that they understand their lessons. When he said goodbye, assuring them that in that interior province of Egypt they should be considered free from persecution, he gave the old man a handful of coins, and in the child's hand he put a gold one, which was shining and which must have been half an ounce or a doubloon, with devilish inscriptions on both sides. Needless to say, this prompted a family dispute between the serious man and the beautiful mother, since he, acting with prudence and financial foresight, believed that the coin was safer in his purse than in the little boy's hand, and his wife, clenching her son's fist and kissing it again and again, declared that those fingers were a safe coffer to keep all the treasures of the world.

II

Calm and joyful, after leaving their donkey comfortably sheltered in an inn at the outskirts of the village, they went into the city, which at the time was lit aflame for spectacular festivities for the coronation or swearing in of a king, whose name is forgotten or that history should forget. In a square, which the *papyrus* describes hyperbolically as the size of one of our provinces, an immense bazaar or market sprawled from end to end. It consisted of very

attractive shops or stands, and for the liveliness and bustle that reigned in them, the small crowds in our civilization make it hard to imagine. There were very rich fabrics, precious jewels, metals and ivories, a thousand balsamic drugs, endless objects built for utility or whim; there were delicacies, drinks, incenses, drugs, soporifics, stimulants and poisons for all tastes; life and death, pleasant pain and feverish joy.



The fugitives, tireless, traveled through part of the immense fair, and while the old man looked at all the stands one by one, with eyes of practical watch, searching for something for which to put the child's money to use, the mother, perhaps less practical, dreamy, and overcome by great tenderness, was looking for some object that could be used to delight the creature, a frivolity, any sort of toy, as toys have always existed, and in ancient Egypt children entertained themselves with pyramids they could build, with enthralling sphinxes and obelisks, and alligators, lizards, snakes, ducks and demons donning crowns.

They soon found what the blessed mother wanted. Oh! What a collection of toys! We cannot imagine what it would be worth now at the time of writing this interesting *article*, compared to those wonders of toy manufacturing. Suffice it to say that not even in six long hours could one see everything for sale in the stores: figurines of uncivilized gods, and men like birds, sphinxes that did not say *daddy* and *mommy*, cheap mummies that could be wrapped and unwrapped; at any rate... it is impossible to keep count. So as not to leave anything out, there were theaters with decorations of palaces and gardens, and comedians hamming it up; there were priests with white frocks and misshapen hats, oxen from the Apis cattle breed, whistles adorned with lotus flowers, scantily clad priestesses, and dazzling military men with armor, helmets, crosses and cavalry, and all sorts of offensive and defensive gadgets that military artistry of all times had ever invented to entertain young and old.

III

In between the lady and the serious man walked the little boy, shaking one person's hand after another, and keeping his restless and playful step with the measured pace of the adults.

And indeed, that prodigious child could well be considered supernatural, because if in his mother's arms he was ever so tender and very little, like a months-old angel, when he stepped on the ground he grew mysteriously, although he was still a child; he walked with a light step and spoke with free and clear speech. His penetrating gaze sometimes sad, at times grievously cheerful, left those who saw him confused and faint.

In the end, the parents agreed on how to use the coin, and told him to choose from those beautiful objects what was most to his liking. The boy looked and looked with thoughtful care, and when he seemed to decide on something, he changed his mind, and pointed to one figure after another, without ever showing decided preference. His hesitation was somewhat distressing, as if as that child was hesitating, a suspension of the unalterable course of things occurred throughout Nature. Finally, after much wavering, he seemed to decide. His mother helped him by saying: «Do you want war, soldiers?» And the old man also helped him, saying: «Do you want angels, priests, little shepherds?» And he answered with infinite grace, stammering over a concept that is translated to our language to mean: «Much of everything.»

Since the figurines were inexpensive, they quickly chose many of them to buy. In the beautiful collection there was *much of everything*, according to the happy expression of the little boy; arrogant warriors, who by their features represented famous leaders, Genghis Khan⁴, Cambyses⁵, Napoleon⁶, Hannibal⁷; saints and bearded hermits, shepherds with tufts of hair and other figures who looked convincingly real.

They joyfully departed for their inn, followed by a swarm of children eager to get their hands on that treasure, which, because it was so large, was distributed among the hands of the three outsiders. The boy carried the most beautiful figures, pressing them against his chest. Upon arrival, the crowd of children, which had grown along the way, surrounded the owner of all those handsome representations of humanity.

The foreigner's son invited them to play in a vast field in front of the house... And they played and caused a ruckus for a long time, the length of which is unknown, as it was day, and night, and after the night, there were more and more days to come, too many to count. The wonderful thing about that strange game involving thousands of children (a historian speaks of millions), was that the little boy, the son of the beautiful lady, using the supernatural power that he undoubtedly possessed, made a total transformation of the toys, switching the heads of all of them, without anyone noticing, so that the rulers had heads of shepherds and the religious, heads of military figures.

You could also see heroes with a staff, priests with a sword, nuns with a zither, in all, whatever incongruities you could imagine. Having done this, he distributed his treasure among the young group of kids, which had become as numerous as the entire population of those expansive kingdoms.

A boy from the West, dark-haired, and very chattery, was given some little priests with big heads and not a few warriors without their heads.

After the author's signature, it is dated 1 January, 1897.

¹ Esta traducción al inglés del cuento *Rompecabezas* apareció publicada por primera vez en *Traducción y recepción universal de Benito Pérez Galdós: cien años después (1920-2020)*, volumen perteneciente a la colección *Tibón. Estudios Traductológicos*, que ha editado el Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria con ISBN 978-84-9042-377-6 y Depósito Legal GC 227-2020.

² The text, without edits, appears on the front page of *El liberal*, 3 January, 1897. For a contemporary edition, see Pérez Galdós, *Cuentos fantásticos*, ed. Alan Smith, Cátedra (2004: 293-298).

³ I have not been able to identify this place, although Djebel means mountain in Arabic.

⁴ Genghis Khan (1160?-1227), tartar general, founder of the first Mongolian empire, conqueror of China.

⁵ King of Persia, reigned from 529-521 a. C. Conqueror of Egypt.

⁶ Napoleon Bonaparte (1769-1821), French emperor (1804-1814).

⁷ Carthaginian general (247-182? a. C.) He invaded Italy, but not the capital. He returned to Carthage to defend it against Scipio Africanus and was defeated (202). He poisoned himself rather than turning himself over to the Romans.

EIN SCHWIERIGES RÄTSEL¹

(Kurzgeschichte)

I

Gestern, so wie man sagen kann im Jahre Soundsoviel christlicher Zeitrechnung oder wie man so will, das dem Jahre 3000 und noch etwas mehr nach ägyptischer Zeitrechnung, entspricht, ereignete sich folgendes, auf was ich mich beziehen will, nämlich auf eine Geschichte einer Familie, die auf Papyrus aufgeschrieben und mit wunderschön gezeichneten Männchen festgehalten wurde. Das ist die Geschichte oder das Ereignis von einer notorischen Unbedeutsamkeit, falls der Leser sich nicht über die Äußerlichkeiten des geschriebenen Textes hinwegsetzen kann, sondern weil er seine Augen über Jahrhunderte lang daran gerieben hat, so dass es ihm nicht schwerfällt, das Wesentliche, das darin enthalten ist, zu entdecken.

Also, mein Herr... sage ich, dass an jenem Tag oder an jenem Nachmittag, oder, wenn Sie wollen, in jener Nacht drei Personen und ein kleiner Esel durch die ägyptischen Ebenen Djebbel Ezzrit (seien wir Weise)² zogen.

Auf diesem Esel saß eine junge schöne Dame, die ein Kind in ihren Armen hielt und neben ihr wanderte ein ernster alter Herr, der in seinen Händen einen Stock hielt, der dazu diente, den Esel anzutreiben ebenso wie um sich auf ihn auf diesen mühsamen Wegen zu stützen. Bald stellte sich heraus, dass sie Flüchtende waren, die in jenen Gebieten Obhut vor Verfolgern aus einem anderen Land suchten. Denn ohne mehr als notwendig Rast zu machen und ihre Kräfte zu stärken, suchten sie als Rastplätze versteckte Orte, kleine Höhlen in Felsgebilden oder in dicht gewachsenem Unterholz, Orte die eher von wilden Tieren als von Menschen aufgesucht wurden.

Es ist unmöglich hier die poetische Intensität darzustellen, welche durch die Handschrift beschrieben wird oder die besser gesagt das Bild der Schönheit der Mutter malt. Ihr könnt sie nicht wertschätzen und verstehen wie die Substanz der Lilien, die von der Sonne vergoldet und getönt ihre ideale Reinheit behält. Von dem schönen Knaben kann man nur sagen, dass er göttlich-menschlich ist und dass seine Augen das ganze Universum in sich tragen als ob es sich um ein geheimnisvolles Zusammenfließen von Himmel und Erde handle.

Wie ich schon sagte, gingen sie eilend dahin, vermieden bewohnte Orte und hielten nur in Weilern und kleinen Dörfern an, wo arme Leute wohnten, um dort um Almosen zu bitten. Da es in jenen Gegenden kaum gute Seelen gab, konnten sie nur mühselig und mit vielen Schwierigkeiten verbunden ihren schwierigen Weg fortsetzen. Und am Ende kamen sie schließlich am Rande einer sehr großen Stadt mit riesigen Mauern und kolossalen Monumenten bestückt an, deren Sicht von weitem die Gemütsverfassung der armen Reisenden aufleben und schweben ließ. Der ernste Herr hörte nicht auf, die Herrlichkeiten abzuwägen und zu prüfen; die junge Frau und das Kind bestaunten alles in Stille. Wie es ihr Glück wollte, oder besser gesagt der Ewige Herr, bescherte ihnen die Bekanntschaft eines ihnen gut gesinnten reichen Freundes, ein reicher Händler, der mit vielen Bediensteten und einer Karawane von Kamelen, die alle mit Reichtümern beladen waren, aus Theben zurückgekommen war.

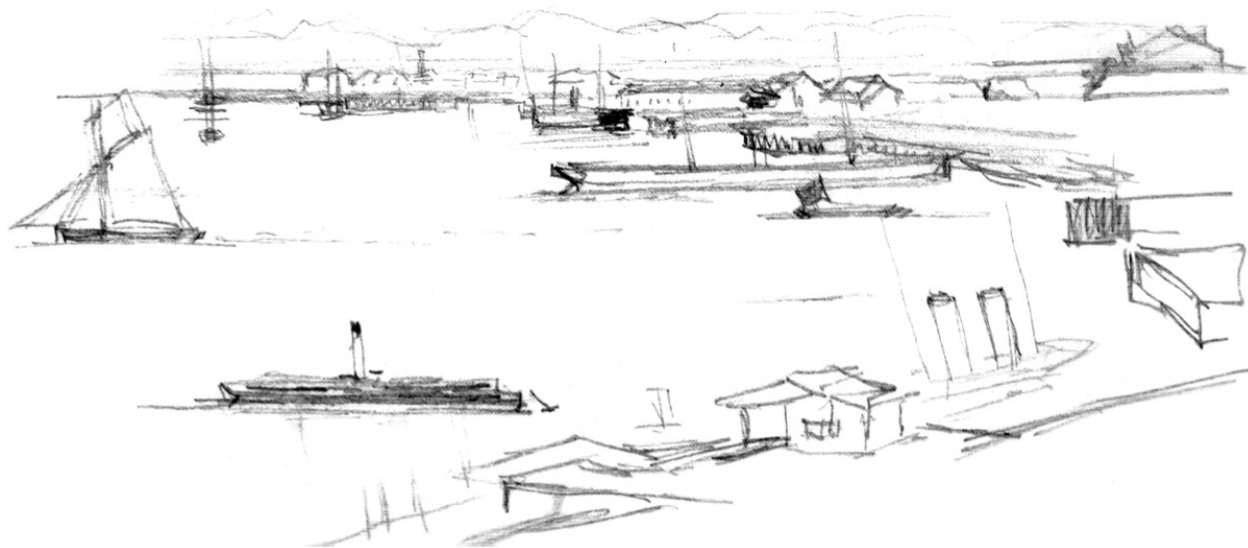


Das Papyrus gibt keine Auskunft darüber, ob er ein Landsmann der Flüchtenden war, aber aus seiner Sprache dürfen wir daraus schließen, (ohne es gehört zu haben), dass er aus den Ländereien kam, die auf der anderen Seite des Roten Meeres liegen. Die Reisenden schilderten dem Kaufmann ihre Nöte und Anstrengungen und dieser brachte sie in einem seiner besten Zelte unter, bewirtete sie mit köstlichen Speisen und beschwichtigte ihre niedergedrückte Stimmung mit interessanten und belustigenden Gesprächen. Ebenso erzählte er ihnen von seinen Reisen und Abenteuern, wobei der kleine wunderschöne Knabe mit lächelnder Ernsthaftigkeit zuhörte, genauso wie Erwachsene Kindern zuhören, wenn sie das Gelernte wiedergeben. Als er sich verabschiedete, versicherte er ihnen, dass sie sich in dieser ägyptischen Provinz im Inneren des Landes frei von Verfolgungen betrachten könnten. Er gab dem Alten eine Handvoll Münzen und in die Hand des Kindes legte er eine glänzende Goldmünze, die etwa eine Gold Dublone an Wert darstellte und deren obere und untere Seite komplizierte Texte aufwies. Man darf aber nicht vergessen zu erwähnen, dass diese Gabe zu einer Uneinigkeit in der Familie zwischen dem alten Herrn und der jungen Dame führte. Jener glaubte, geleitet von Vorsicht und sparsamer Voraussicht diese Münze wäre besser in seinem Geldbeutel aufgehoben als in der Faust des Kindes und die schöne Mutter drückte ständig die Faust ihres Kindes und küsste diese immer und immer wieder und meinte, dass diese kleinen Fingerchen eine sichere Schatztruhe wären, um alle Schätze der Welt dort zu verwahren.

Nachdem sie den Esel gut in einem Stall vor den Toren der Stadt untergebracht hatten, gingen sie freudig und erregt ins Stadttinnere, wo zu diesem Zeitpunkt großartige Feste zur Krönung oder zur Vereidigung eines Königs, dessen Name von der Geschichtsschreibung vergessen wurde oder vergessen werden sollte, abgehalten wurden. Auf einem Platz, der vom Papyrus übertrieben als so groß wie eine unserer Provinzen beschrieben wird, fand von einem zum anderen Ende ein immens großer Bazar oder Markt statt. Dort standen wunderschön aussehende Zelte oder Baracken und man kann sich kaum eine in unserer Zeit ähnlich große anwesende Menschenmenge vorstellen. Es gab sehr wertvolle Stoffe, teuren Schmuck, Metalle und Elfenbein, Wundermittel tausendfacher Art, unzählige Gegenstände, die zum Gebrauch oder nur zu einer kapriziösen Anwendung gefertigt worden waren. Ebenso sah man Essen für Feinschmecker, Getränke verschiedenster Art, Weihrauch, berauschende und stimulierende Drogen und Gifte für jeden Geschmack, die für Leben und für Tod, für angenehme Schmerzempfindungen und fiebrigen Genuss bestimmt waren.

Die Flüchtenden gingen unermüdlich durch einen Großteil der Einrichtungen die für das immense Fest errichtet worden waren, während der alte Herr sich jeden einzelnen Stand ansah und immer im Blick hatte herauszufinden, was zur Anwendung der Münze für den Knaben nützlich wäre. Dagegen suchte die Mutter, die weniger praktisch aber träumerisch und zärtlich veranlagt war, etwas, was den Knaben erfreuen würde. etwas Frivoles oder eben ein Spielzeug; denn Spielzeuge hat es immer schon gegeben. Und im alten Ägypten verführte man die Kinder mit zusammenfügbaren Teilen von Pyramiden, mit Sphinxen und wunderschönen Obeliskten, Krokodilen, angeblichen aber falschen Vipern, Schlangen, Enten und gekrönten Dämonen.

Es dauerte nicht lange bis die liebe Mutter das fand, was sie wünschte. Welch eine Ansammlung von Spielzeugen! Das kostete nicht einmal so viel, was wir heutzutage in diesem interessanten Artikel vergleichen wie zum Beispiel diese wunderbaren Produkte aus der Puppenindustrie. Es genügt zu sagen, dass man nicht einmal in sechs Stunden sehen konnte, was es in diesen Läden gab: Figürchen von brutalen Göttern und von Menschen, die wie Vögel aussahen, Sphinxen, die nicht Papa und Mama sagen konnten, billige Mumien die man auseinandernehmen und wieder zusammensetzen konnte. Auf jedem Fall gab es so vieles, was man nicht zählen kann. Es fehlten nicht einmal Theater mit Dekoration mit Palästen und Gärten, und Komiker, die so taten als würden sie eine Peitsche schwingen; es gab auch Priester mit einem weißen Laken umhüllt und verformten Hüten auf den Köpfen, Ochsen aus der Zucht Apis, Trillerpfeifen mit einer Lotusblume geschmückt, Priesterinnen in Unterwäsche und wunderschöne Militärangehörige mit ihren Waffen, Sturmhüten, Kreuzen und Kreuzwegen und was im Laufe der Jahrhunderte zur Kunst der Kriegsführung an allem möglichen zum Angriff tauglichen oder verteidigungsnotwendigen Firlefanz zur Freude von großen, mittleren und kleineren Militärangehörigen erfunden wurde.



III

Zwischen der Dame und dem ernstesten Mann ging der Kleine an der Hand der einen und des anderen. Er passte seine unruhigen und spielerischen Schritte der Gangart der Erwachsenen an. Man könnte wirklich annehmen, dass der frühreife Knabe übernatürlicher Natur wäre, denn in den Armen seiner Mutter war er zärtlich und klein wie ein Engel von nur ein paar Monaten. Im Kontakt zum Fußboden wuchs er auf mysteriöse Art und blieb dabei weiterhin ein Kind, doch er lief leichtfüßig und sprach voller Verständnis und deutlich klar. Sein Blick war manchmal tiefgründig und traurig, ernsthaft lächelnd ein anderes Mal, was bei den Zuschauern Konfusion und ein Gefühl der Ohnmacht hervorrief.

Als sich die Eltern schließlich einig wurden, wofür die Münze verwendet werden sollte, sagten sie ihm, dass er sich jene schönen Gegenstände aussuchen sollte, die ihm am meisten zusagten. Der Knabe schaute und beobachtete alles mit einer reflexiven Aufmerksamkeit und wenn es schien, dass er sich für etwas entschieden hatte, änderte er seine Meinung wieder und zeigte auf die eine dann auf eine andere Figur ohne dass man eine bestimmte Vorliebe sehen konnte. Sein Zögern war in gewisser Weise angsterregend als ob dieser Knabe an der ganzen Natur zweifelte und eine unabänderliche Aufgabe eines Objektes die Dinge ändern würde. Endlich, nach langem Hin und Her schien er sich zu entscheiden. Seine Mutter half ihm indem sie ihn fragte: »Willst du Krieg, Soldaten?« Und der alte Herr half ihm auch indem er ihn fragte: »Willst du Engel, Priester, Schäfer?« Und er antwortete stotternd mit einem unendlichen Charme etwas, was in unsere Sprachen übersetzt heißen soll: »Von allem viel.«

Da die Figürchen billig waren, wählten sie bald eine große Anzahl zum Mitnehmen. In der wunderschönen Ansammlung gab es *viel von allem*, wie man am glücklichen Gesichtsausdruck des Kleinen sehen konnte: sehr arrogante Krieger, an denen man berühmte Heerführer wiedererkennen konnte,

wie zum Beispiel Dschingis Khan³, Cambyses⁴, Napoleon⁵, Hannibal⁶, Heilige und bärtige Einsiedler, Schäfer mit Fellumhängen und andere Leute von nicht zu bestimmendem Charakter.

Sie brachen froh zu ihrer Unterkunft auf, gefolgt von einer Traube von Kindern, die scharf darauf waren, den Schatz, der so groß war, dass er in den Händen der drei Fremden getragen werden musste, in ihre Hände zu bekommen. Das Kind trug die schönsten Figuren, indem es sie an seine Brust presste. Als sie ankamen umringte die Menge der Kinder, die ständig anwuchs, den Besitzer aller dieser lustigen Darstellungen der Menschheit.

Der Sohn der Flüchtigen lud sie zum Spielen auf einem weiten Vorplatz des Hauses ein... Und sie spielten und tobten lange Zeit herum. Es dauerte so lange wie man es kaum schätzen kann, da es am Tag und in der Nacht stattfand. Und nach der Nacht kamen immer mehr Tage hinzu, die nicht zu zählen sind. Das Wunderbare an diesem eigenartigen Spiel, an dem Tausende von Kindern teilnahmen, (ein Geschichtsschreiber spricht von Millionen) war, dass der kleine Sohn der schönen Dame seine übernatürliche Gabe, die er zweifelsohne besaß, dazu benutzte, eine totale Transformation der Spielzeuge vorzunehmen, indem er die Köpfe von allen Figuren umtauschte, ohne dass es jemand bemerkte. So bekamen die Heerführer Köpfe von Schäfern und die Pfarrer Köpfe von Militärangehörigen.

Ihr konntet dort auch Helden mit langen Stöcken, Priester mit Schwertern, Nonnen mit Zithern sehen. Um es einfach zu sagen: alles was ihr euch nicht vorstellen könnt. Nachdem dies geschehen war, verteilte er seinen Schatz unter der Kindermeute, die inzwischen so zahlreich geworden war wie die ganze Bevölkerung mehrerer ausgedehnter Königreiche.

Ein sinnlos darauflos plappernder dunkelhaariger Junge aus dem Abendland bekam einige Pfaffen mit Riesenköpfen und nicht wenige Krieger ohne Köpfe⁷.

¹ Grundtext ohne andere Formen auf der ersten Seite von *El Liberal*, 3. Januar 1897.

² Ich konnte diesen Ort nicht identifizieren, obwohl Djebbel auf arabisch Berg bedeutet.

³ Dschingis Khan (1160-1227?) Tartarischer Heerführer, Gründer des ersten mongolischen Reichs, Eroberer Chinas.

⁴ Cambyses, Persischer König, regierte von 529 bis 521 v. Chr. Eroberer Ägyptens.

⁵ Napoleon Bonaparte (1769-1821), Französischer Kaiser (1804-1814).

⁶ Hannibal Karthaginesischer General (247-182 v. Chr.) fällt in Italien ein, kann aber die Hauptstadt nicht erobern. Geht nach Karthago zurück, um es gegen Scipion Africanus zu verteidigen und unterliegt (202). Nimmt lieber Gift ehe er sich den Römern ergibt.

⁷ Nach der Unterschrift steht das Datum vom 1. Januar 1897.

ROMPICAPO

(Racconto)

I

Ieri, in un certo annodell'Era Cristiana, come si suol dire, corrispondente a quello che fu, o se si vuole, al tremila e qualcosa della cronologia egizia, accadde ciò che sto per riferire, la storia di una famiglia che ci trasmette un *papyrus* redatto in bellissime figurine. È la tale storia o accadimento di notoria insignificanza, se il lettore non sa andare oltre all'aspetto del testo grafico; ma perdendoci la vista per un paio di secoli, non è difficile scoprire il nocciolo della questione.

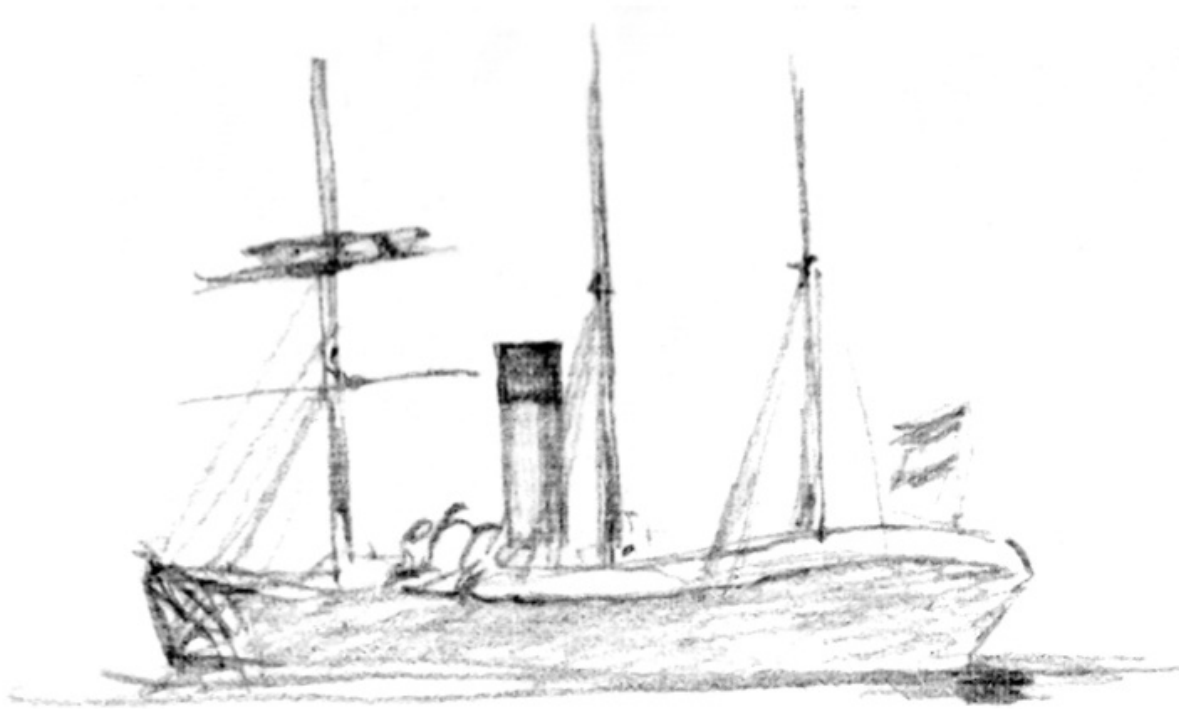
Allora, signori... dico che quel giorno, o quella sera, o mettiamo notte, andavano per le pianure dell'Egitto, nella regione chiamata Djebel Ezzrit (per fare gli eruditi), tre persone ed un asinello. Serviva questo da mezzo di trasporto ad una bella ragazza che aveva un bimbo in braccio; a piedi, accanto a lei, camminava un anziano serio, impugnando un bastone, che gli serviva sia per spronare l'asino bigio che per sostenere il passo affaticato. Si capiva subito che erano dei fuggiaschi, che cercavano in quelle terre rifugio da persecutori di un altro paese, perché senza fermarsi se non il necessario per recuperare le forze, sceglievano per riposare luoghi nascosti, anfratti di rupi solitarie, oppure cespugli fitti, frequentati più da fiere che da uomini.

È impossibile riprodurre qui l'intensità poetica con cui la scrittura con figurine descrive o meglio dipinge la bellezza della madre. Non potreste apprezzarla e comprenderla senza immaginare l'essenza del giglio, che, tostata e dorata al sole, conserva la sua ideale purezza. Del bellissimo bimbo può solo dirsi che era divino umanamente, e che i suoi occhi erano compendio di tutto l'universo, come se fossero la convergenza misteriosa di cielo e terra.

Andavano, come ho detto, di fretta, evitando i centri abitati, e fermandosi solo in casolari o piccoli agglomerati di gente povera, per implorare un'elemosina. Giacché non scarseggiavano in quella parte del mondo le anime buone, poterono procedere, non senza fatica, nel loro guardingo cammino, e alla fine arrivarono nei paraggi di una città grandissima, con gigantesche mura e colossali monumenti, la cui vista da lontano ricreava e incantava l'animo dei poveri viandanti. L'uomo serio non smetteva di decantare tale meraviglia; la giovane ed il bambino l'ammiravano in silenzio. Gli venne incontro la sorte, o per meglio dire, l'Eterno Signore, un buon amico, mercante opulento, che tornava da Tebe con un'infinità di servitori e cammelli in fila indiana carichi di ricchezze. Non dice il *papyrus* che il tale fosse compatriota dei fuggiaschi, ma dall'accento (e questo non vuol dire che lo sentissimo), si capiva che era delle terre che si estendono dall'altra parte del Mar Rosso. Raccontarono le proprie pene e le proprie fatiche i viandanti al generoso trafficante, e questi li ospitò in una delle sue migliori tende, gli offrì eccellenti manicaretti, e distese i loro abbattuti animi con conversazioni amene e racconti di viaggi e di avventure, che il bellissimo bambino ascoltava con attenzione, sorridente, come ascoltano i grandi i piccoli, quando i piccoli sanno a memoria la lezione. Al momento di salutarsi, assicurandoli sul fatto che in quella provincia interna dell'Egitto avrebbero potuto considerarsi liberi da persecuzioni, consegnò all'anziano una manciata di monete, e nella mano del bambino ne mise una d'oro, che doveva essere mezza oncia o un doblone di otto scudi, risplendente, con delle strane scritte da una parte e dall'altra. Inutile dire che ciò diede adito a una disputa familiare tra il signore serio e la bella madre, giacché il primo, ragionando con prudenza e intuizione economica, credeva che la moneta stesse più al sicuro nella sua borsa che nella mano del bimbo, e la sua signora, stringendo il pugno del suo figlioletto e baciandolo più volte, sosteneva che quei ditini fossero un'arca sicura per conservare tutti i tesori del mondo.

II

Sereni e felici, dopo aver lasciato il bigio ben sistemato in una locanda in periferia, entrarono in città, che proprio in quel momento era in festa, sfavillante per l'incoronazione o giuramento di un re, il cui nome ha dimenticato o dovrebbe dimenticare la Storia. In una piazza, che il *papyrus* descrive iperbolicamente della grandezza di una nostra provincia, si estendeva da una parte all'altra un immenso bazar o mercato. Era formato da tende o baracche molto vistose, e dell'animazione e della confusione che in esse regnavano non riescono a dare un'idea le miserabili moltitudini che nella nostra civiltà conosciamo. Da una parte tele ricchissime, preziosi gioielli, metalli e avori, mille droghe balsamiche, infinità di oggetti, costruiti per una utilità o per capriccio; dall'altra manicaretti, bibite, incensi, narcotici, stimolanti e veleni per tutti i gusti; la vita e la morte, il dolore piacevole e il godimento febbrile.



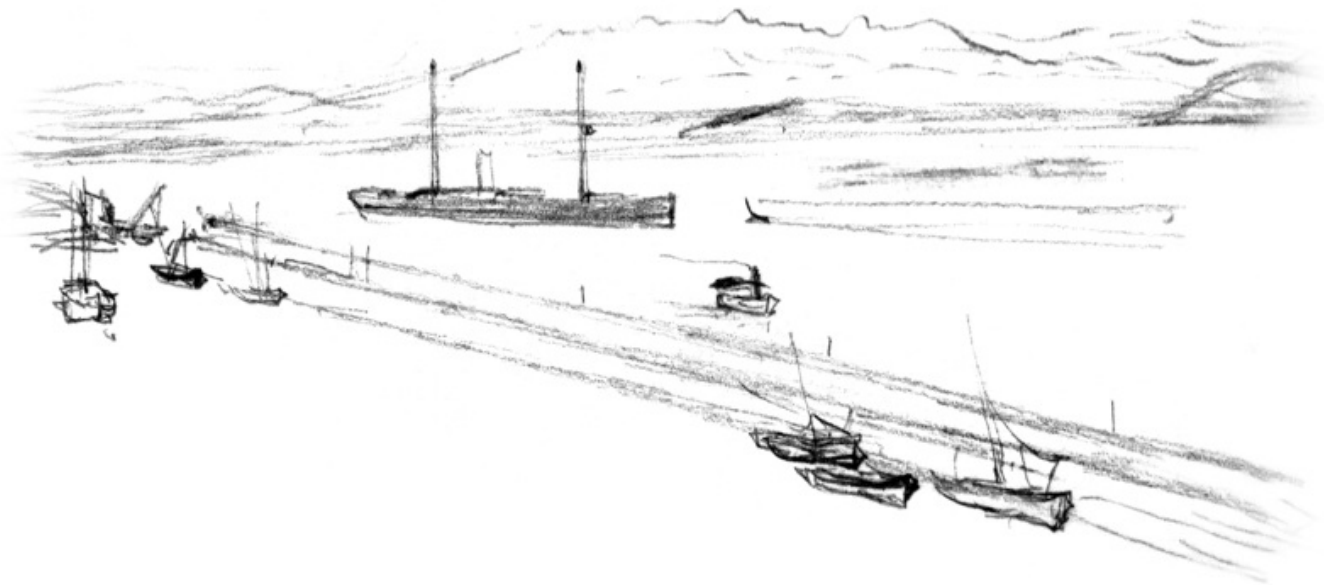
Percossero i fuggiaschi buona parte dell'immensa fiera, instancabili, e mentre l'anziano guardava ad una ad una tutte le bancarelle, con occhi di indagine utilitaria, cercando qualcosa in cui impiegare la moneta del bambino, la madre, forse meno pratica, sognatrice e pervasa da un'immensa tenerezza, cercava qualche oggetto che servisse per divertire la creatura, una frivolezza, insomma un giocattolo, perché i giocattoli sono sempre esistiti, e nell'antico Egitto intrattenevano i bambini con piramidi e costruzioni, con sfingi e obelischi graziosissimi, e caimani, aspidi finti, serpenti, anatre e demoni incoronati.

Non ci misero molto a trovare quello che la santa madre desiderava! Ma che collezione di giocattoli! Non si può proprio paragonare ciò che oggi noi riconosciamo in questo interessante *articolo* con quelle meraviglie dell'industria dei pupazzi. Basti dire che neppure in sei ore piene era possibile vedere quanto contenevano i negozi: statuette di dei molto sgraziati, e di uomini come uccelli, sfingi che dicevano *papà* e *mamma*, mummie a buon mercato che si potevano montare e smontare; insomma... non ci sono parole. E per di più, c'erano teatri con scenari di palazzi e giardini, e attori pronti a declamare; c'erano sacerdoti in mantelli bianchi e cappelli deformi, buoi della razza di Apis, fischietti adornati con fiori di Loto, sacerdotesse in biancheria intima e militari bellissimi con armature, elmi, croci e calvari, e tutti gli aggeggi offensivi e difensivi che ha inventato, per la gioia di grandi, mezzani e piccoli, l'arte militare di ogni secolo.

III

In mezzo alla signora e al soggetto serio andava il bimbetto, dando le sue manine all'una e all'altro e adeguando il suo passo inquieto e giocherellone al misurato incedere dei grandi.

E in verità poteva essere considerato soprannaturale quel prodigioso infante, perché se tra le braccia di sua madre era tenerissimo e una cosetta da nulla, come un angelo di mesi, al contatto del suolo cresceva misteriosamente, senza smettere di essere un bambino; camminava con passo leggero e parlava in modo sciolto e chiaro. Il suo sguardo profondo, a volte triste, con un sorriso serio, produceva in chi lo contemplava confusione e turbamento.



Messosi infine d'accordo i genitori sull'uso che si dovesse fare della moneta, gli dissero di scegliere tra quei bei oggetti ciò che più gli piacesse. Guardava e osservava il bambino con attenzione riflessiva, e quando sembrava decidersi per qualcosa, cambiava idea, e dopo un pupazzo ne indicava un altro, senza mai mostrare una preferenza definitiva. La sua indecisione era in un certo senso angosciante, come se quando quel bambino dubitava si verificasse in tutta la Natura una sospensione del corso inalterabile delle cose. Alla fine, dopo lunghi ripensamenti, sembrò decidersi. Sua madre voleva aiutarlo dicendogli: «Vuoi guerra, soldati?». Ed anche l'anziano voleva aiutarlo dicendogli: «Vuoi angeli, sacerdoti, pastorelli?». E lui rispose con grazia infinita, balbettando un concetto che, tradotto nelle nostre lingue, vuol dire: «Un po' di tutto».

Siccome le statuette erano a buon mercato, ne scelsero subito una gran quantità per portarsele vie. Nella preziosa collezione c'era *un po' di tutto*, secondo la felice espressione del bimbo: guerrieri arrogantissimi, che dai tratti rappresentavano grandi condottieri, Gengis Kan, Cambise, Napoleone, Annibale; santi ed eremiti barbuti, pastori con pellicce e altri tipi di indubbia realtà.

Si diressero felici verso la loro locanda, seguiti da uno sciame di bambini, avidi di mettere le proprie mani su quel tesoro, che, essendo molto grande, si divideva tra le mani dei tre forestieri. Il bambino portava le statuette più belle, stringendole al petto. Giungendo a destinazione, la moltitudine infantile, che era andata crescendo lungo la strada, circondò il padrone di tutte quelle rappresentazioni buffe dell'umanità.

Il figlio della fuggiasca li invitò a giocare in un grande spiazzo di fronte all'edificio... E giocarono e fecero baccano a lungo, tanto che non si può dire con precisione, perché fu giorno e fu notte e dopo la notte vennero molti altri giorni, che non si possono contare. La cosa meravigliosa di quello strano gioco in cui intervenivano migliaia di bambini (uno storico parla di milioni), fu che il piccoletto, figlio della bella signora, usando un potere soprannaturale che ovviamente possedeva, fece una trasformazione totale dei giocattoli, cambiando la testa di tutti senza che nessuno se ne accorgesse; in modo che i condottieri avevano la testa di pastori e i religiosi la testa di militari.

Potevate vedere pure eroi con bacolo, sacerdoti con spada, monache con cetra, insomma quanto di più incongruente potreste immaginare. Fatto ciò, ripartì il suo tesoro tra la caterva infantile, la quale era arrivata ad essere così numerosa come l'intera popolazione di vasti regni.

A un ragazzo dell'Occidente, brunetto e molto chiacchierone, gli toccarono alcuni pretucci capoccioni, e non pochi guerrieri senza testa.

PUZZLE¹

(Conte)²

I

À une date lointaine de l'ère chrétienne, hier, comme dirait l'autre, ou, si vous le souhaitez, en l'an trois mille et des poussières de la chronologie égyptienne, il arriva ce que je vais vous rapporter : l'histoire d'une famille que nous transmet un papyrus écrit en superbes fantoches. Là se trouve l'histoire en question, ou le fait divers d'une insignifiance notable, si le lecteur ne sait pas dépasser la partie graphique du texte ; mais après s'être frotté les yeux sur le papyrus pendant de nombreux siècles, il n'est pas difficile d'en découvrir la substantifique moelle.

Voyez-vous ... je dis bien que ce jour-là ou cet après-midi-là, ou disons plutôt ce soir-là, trois personnes et un âne cheminaient à travers les plaines d'Égypte, dans la région appelée Djebel Ezzrit (faisons preuve d'érudition !). L'âne servait de monture à une belle jeune femme qui portait un enfant dans ses bras ; un vieil homme à l'air grave marchait à ses côtés, brandissant un bâton qui lui servait à la fois pour battre le bourricot et alléger son pas lourd. On se rendait vite compte qu'ils étaient des fugitifs cherchant refuge dans ces contrées contre des persécuteurs d'autres pays, car, sans s'arrêter plus longtemps qu'il ne le fallait pour reprendre des forces, ils choisissaient, pour faire une halte, des endroits dissimulés, des cavités dans des roches isolées, ou encore des fourrés épais, des lieux fréquentés par les animaux sauvages plutôt que par les hommes.

Il est impossible de reproduire ici l'intensité poétique avec laquelle l'écriture figurative décrit ou plutôt dépeint la beauté de la mère. Vous ne pourrez ni l'apprécier ni la comprendre en imaginant la substance des lys qui, cuivrée et dorée par le soleil, conserve sa pureté idéale. Du magnifique bébé, on peut dire uniquement qu'il était humainement divin, et que ses yeux résumaient tout l'univers, comme s'ils étaient la mystérieuse convergence du ciel et de la terre.

Ils marchaient, comme je l'ai dit, en pressant le pas, évitant les villages et ne faisant de haltes pour mendier que dans les bourgs et les hameaux habités par des gens pauvres. Comme les bonnes âmes ne manquaient pas dans cette région du monde, ils purent progresser, non sans peine, dans leur prudente marche, et parvinrent finalement à l'orée d'une très grande ville aux gigantesques murailles et aux monuments prodigieux, qui, de loin, égayaient les pauvres pèlerins et leur coupaient le souffle. L'homme grave ne cessait d'estimer de telles merveilles ; la jeune femme et l'enfant les admiraient en silence. La chance leur sourit, ou plutôt, L'Éternel Seigneur, incarné dans la bonté d'un ami, un marchand fortuné qui revenait de Thèbes accompagné de tout un cortège de serviteurs et d'un convoi de chameaux chargés de richesses. Le papyrus ne dit pas que l'homme était compatriote des fugitifs ; mais sa façon de parler (cela ne veut pas dire que nous ayons pu l'écouter) semblait être celle de la région qui se trouve de l'autre côté de la mer vermeille. Les voyageurs racontèrent leurs fatigues et leur peine au généreux commerçant, et celui-ci les hébergea dans une de ses meilleures tentes, leur offrit des mets raffinés, et leur redonna du courage grâce à des conversations agréables et des récits de voyages et d'aventures, que le beau bébé écoutait gravement tout en souriant, comme les adultes écoutent les petits lorsqu'ils ont appris leur leçon. Quand ils firent leurs adieux, le marchand les assura que dans cette province de l'Égypte intérieure, ils devaient se considérer comme des personnes libres de toute persécution, puis il remit au vieil homme une poignée de pièces de monnaies ; dans la menotte de l'enfant, il déposa une pièce en or qui devait être un doublon ou une double pistole reluisante, avec des légendes endiablées sur chaque face. Inutile de dire que cela provoqua une dispute familiale entre l'homme grave et la très belle maman, car le premier, agissant avec prudence et prévision pour l'économie familiale, pensa que la pièce serait bien plus en sécurité dans sa bourse que dans la main du petit ; sa femme, pressant la menotte de son bébé et ne cessant de la baiser, déclara que ces petits doigts-là étaient un coffre sûr pour garder tous les trésors du monde.

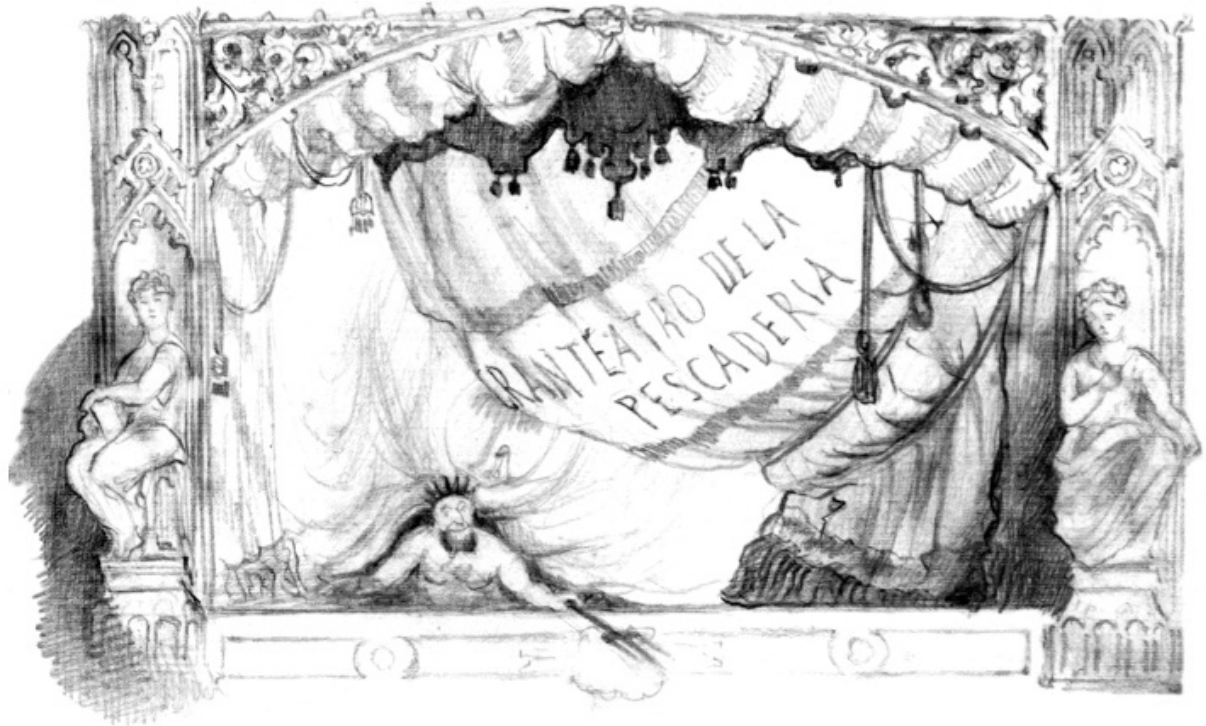


II

Tranquilles et joyeux, après avoir laissé le bourriquot bien installé dans un logis des faubourgs, ils pénétrèrent dans la ville qui s'embrasait pour célébrer à ce moment-là des festivités spectaculaires : celles du couronnement ou serment d'un roi dont l'Histoire a oublié le nom ou devrait le faire. Sur une place, que le papyrus décrit hyperboliquement comme étant de la grandeur d'une de nos provinces, un immense bazar ou marché s'étendait d'un bout à l'autre. Il se composait de tentes ou baraques très tape-à-l'œil. L'animation et la clameur qui y régnaient ne sont en rien comparables à celles des foules bien plus limitées que nous connaissons chez nous. Ça et là, de riches tissus, de précieux bijoux, des métaux et de l'ivoire, des baumes par milliers, des objets sans fin, tous conçus en fonction de leur utilité ou des petites envies ; là encore, des mets exquis, des boissons, de l'encens, des narcotiques, des produits stimulants et des poisons pour tous les goûts ; la vie et la mort, la douleur charmante et la jouissance fébrile.

Infatigables, les fugitifs parcoururent une partie de l'immense étendue de la foire, et tandis que le vieillard regardait les échoppes l'une après l'autre, en quête de choses utiles pour dépenser la pièce de monnaie de l'enfant, la mère, moins réaliste peut-être, rêveuse et empreinte d'une immense tendresse, cherchait un objet pouvant servir de distraction au petit, une babiole, un jouet par exemple, car les jouets ont toujours existé, et dans l'Égypte ancienne on donnait aux enfants pour qu'ils s'amusaient des pièces à emboîter pour former des pyramides, des sphinx et des obélisques tout mignons, des caïmans, des couleuvres de pacotille, des serpents, des canards et des démons couronnés.

Ils ne tardèrent pas à trouver ce que la sainte mère souhaitait. Quelle collection de jouets ! Ces merveilles de l'industrie des joujoux n'avaient rien à voir avec ce qu'on connaît de nos jours comme type de babioles qu'on nous propose chez nous. Sachez que six longues heures ne suffisaient point pour voir ce que contenaient les échoppes : des statuettes de dieux très sauvages et des hommes semblables à des oiseaux, des sphinx qui ne disaient pas *papa maman*, des momies pour trois sous qu'on ouvrait et refermait ; enfin ... impossible de tout raconter. Pour que rien ne manque, il y avait des théâtres avec des décorations de palais et jardins et des personnages comiques prêts à lâcher le bon mot ; il y avait des prêtres en draps blancs portant des chapeaux difformes, des bœufs provenant de l'élevage d'Apis, des sifflets décorés de fleurs de lotus, des vestales à demi nues, et des militaires très beaux dans leurs armures, des casques, des croix et des calvaires, et un grand nombre d'objets offensifs et défensifs que l'art militaire a inventés durant des siècles et des siècles pour le loisir des grands et des moins grands et des petits.



III

Entre la dame et l'homme à l'air grave, se trouvait l'enfant qui donnait ses menottes à l'un et à l'autre, tout en emboîtant son pas inquiet et enjoué au rythme de celui des adultes.

Et à vrai dire, on aurait pu prendre ce prodigieux petit enfant pour un être surnaturel car, si dans les bras de sa mère il était si mignon et si petit comme un angelot de quelques mois, au contact de la terre, il grandissait mystérieusement, sans pour autant cesser d'être un enfant ; il marchait d'un pas léger et s'exprimait avec aisance et clarté. Son regard profond, tour à tour triste et gravement souriant, produisait, chez ceux qui le regardaient, confusion et trouble.

S'étant enfin mis d'accord sur la façon de dépenser l'argent, les parents demandèrent à l'enfant de choisir tous les beaux objets qui lui feraient vraiment plaisir. Le petit enfant regardait et observait attentivement et d'un air réfléchi, mais dès qu'il semblait se décider pour quelque chose, il changeait aussitôt d'avis et, après avoir désigné un poupon, il en désignait un autre, sans montrer une quelconque préférence. Son hésitation était, d'une certaine manière, angoissante, comme si, lorsque l'enfant avait des doutes, le cours inaltérable des choses restait en suspens dans toute la Nature. Finalement, après de longues hésitations, il sembla se décider. Sa mère l'aidait en lui disant : « veux-tu la guerre, des soldats ? » et le vieil homme l'aidait également en lui disant : « veux-tu des anges, des prêtres, des petits bergers ? ». Et l'enfant répondait avec une grâce infinie, marmonnant un concept qui, traduit dans nos langues, signifiait : « de tout, beaucoup ».

Comme les figurines étaient bon marché, ils choisirent bien vite d'en emporter un grand nombre. Dans cette précieuse collection il y avait « de tout, beaucoup », selon l'heureuse expression du petit enfant : des guerriers très arrogants qui, selon les traces laissées par l'Histoire, représentaient des chefs célèbres comme Gengis Khan, Cambyse, Napoléon, Annibal ; des saints et des soldats ermites barbus, des bergers avec des pelisses et d'autres figurines d'un réalisme incontestable.

Ils s'en furent allègrement vers leur auberge, suivis d'un essaim de petits garçons, avides de poser leurs mains sur le trésor dont la proportion était telle qu'il était réparti dans les mains des trois étrangers. L'enfant portait les plus jolies figurines et les serrait contre sa poitrine. Dès leur arrivée, la foule enfantine, qui n'avait cessé de s'agrandir au cours du chemin, entoura le propriétaire de toutes ces belles représentations de l'humanité.

Le fils de la fugitive les invita à jouer sur un terrain vague devant leur logis... Et ils jouèrent et s'agitèrent pendant si longtemps qu'on ne saurait le préciser, car cela durait de jour, puis de nuit et après la nuit venaient d'autres jours encore, si bien qu'on ne pourrait les compter. La merveille, dans ce jeu étrange où intervenaient des milliers d'enfants (un historien parle de millions), fut que le petit garçon, fils de la belle dame, utilisant les pouvoirs surnaturels dont il était certainement doté, transforma totalement les jouets-figurines qu'il possédait, en changeant toutes les têtes sans que nul n'en fut conscient ; ainsi les chefs apparurent avec une tête de bergers et les religieux avec une tête de militaires.

Vous auriez pu voir également des héros avec des crosses, des prêtres avec des épées, des religieuses avec des cithares, et en fin de compte tout ce que vous pourriez imaginer d'incongru. Il distribua ensuite son trésor à l'attroupement des enfants qui était devenu aussi considérable que toute une population ayant vécu sous de longs règnes.

Un garçon d'Occident, bavard au teint hâlé, reçut des petits curés entêtés et un bon nombre de guerriers sans têtes.

¹ Esta traducción al francés del cuento *Rompecabezas* apareció publicada por primera vez en *Traducción y recepción universal de Benito Pérez Galdós: cien años después (1920-2020)*, volumen perteneciente a la colección *Tibón. Estudios Traductológicos*, que ha editado el Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria con ISBN 978-84-9042-377-6 y Depósito Legal GC 227-2020.

² Le conte de Benito Pérez Galdós *Rompecabezas* a été publié le 3 janvier 1897 dans le journal madrilène *El Liberal*.



Yolanda Arencibia es catedrática emérita de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, directora de la Cátedra Pérez Galdós de la misma universidad desde 1995 y especialista en el estudio de Benito Pérez Galdós. Ha creado la colección «Arte, Naturaleza y Verdad» del Cabildo de Gran Canaria, dedicada a la edición de las Obras Completas de Galdós que se publicó en veintinueve volúmenes entre 2005 y 2013. En 2020 ganó el XXXII Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias con *Galdós. Una biografía*, obra que acaba de editarse. Ha sido Consejera Insular del Cabildo de Gran Canaria y es miembro de la Academia Canaria de la Lengua.

Lisa Nalbone ha sido coeditora de *Intersections of Race, Class, Gender, and Nation in Fin-de-Siècle Spanish Literature and Culture* (Routledge, 2016) y autora de *The Novels of Carmen Conde: Toward an Expression of Feminine Subjectivity* (Juan de la Cuesta, 2012). Sus investigaciones se centran en la literatura y cultura españolas de finales del siglo XIX al siglo XX, dentro y fuera de la Península, y examina las representaciones socioculturales de la feminidad al igual que la relación entre la modernidad y cuestiones de género, construcciones sociales, y convenciones políticas durante la transición hacia la modernidad.

Gisela Marcelo Wirnitzer es doctora en Traducción y profesora titular de Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Sus líneas de investigación se han centrado en diferentes temáticas: la traducción de textos literarios, concretamente la literatura infantil y juvenil, donde destaca la publicación *La traducción de las referencias culturales en la literatura infantil y juvenil* (2003); la traducción de textos audiovisuales desde la perspectiva cultural y, por último, la historia de la actividad traductora y la traducción de textos de la Segunda Guerra Mundial de las islas Canarias, que ha dado como resultado la publicación de *Traducir la historia desde diferentes prismas* (2016).

Assunta Polizzi es profesora de Literatura Española en la Universidad de Palermo. Su principal área de investigación es la Literatura Realista/Naturalista y, especialmente, la obra de Benito Pérez Galdós. Otras áreas son: Traducción literaria, Poesía y Narrativa Contemporáneas, Prensa y Cultura. Con su tesis doctoral ganó el «Premio Internacional de Investigación Pérez Galdós 96» y la publicación del ensayo *El proceso metafictivo en la obra de Pérez Galdós*. Ha traducido al italiano *La desheredada*. Dirige la colección de traducción «TrasNLitterae», UniPaPress. Su último volumen sobre Galdós, *Galdós dramaturgo. Soglie e frontiere nel suo percorso letterario*.

Marie-Claire Durand Guiziou fue profesora titular de Universidad de Las Palmas de Gran Canaria en la Facultad de Traducción e Interpretación hasta 2012. Cuenta con numerosas publicaciones, traducciones y reseñas, relacionadas con la literatura francesa y española, así como antologías bilingües de literatura francófona y obras sobre el aprendizaje de la traducción de la prensa. Ha sido miembro activo de comités científicos de revistas nacionales e internacionales, entre ellas *Les Cahiers Max Jacob* (Francia). En 2014 publicó una obra crítica, *Max Jacob et la nomination* (París, 2014). Desde hace más de una década dirige la colección «Lettres canariennes» de la editorial L'Harmattan de París, con el objetivo prioritario de facilitar la traducción y publicación en francés de obras españolas emanadas de autores nacidos en las islas Canarias, tantos clásicos como contemporáneos. Colabora con el grupo de investigación «Actividad traductora, interculturalidad y literatura de viajes» de la ULPGC.



El Galdós escritor amante de los niños y el que gusta de los prodigios de la imaginación coinciden en la redacción de esta historia llena de simbolismos: la del travieso hijo de una familia de fugitivos del antiguo Egipto que viajan con un borriquillo. Se divierte el pequeño cambiando las cabezas de los personajes del belén doméstico, con el caos consiguiente en la escena bíblica y el humor esperable en la escritura. El lector acepta risueño la claridad de las alusiones evangélicas y el juego de verdad y mentira con que están recreadas. Porque *Rompecabezas* es un nuevo relato maravilloso de Galdós dominado por un narrador que juega a su gusto con la Historia heredada sin disimular su intención de parodiar con burla la del presente. El lector galdosiano ha de sonreír ante esta nueva andanada política enmascarada en humor, ante este dardo de imaginación que le lanza quien quiere seducirle y hasta conmoverle.

Colabora



